

EL NIÑO DEL CARRETEL. UNA VISITA A ERNEST FREUD¹

ADRIANA PRENGLER*

Recibido octubre 31-08

Aprobado diciembre 20-08

Resumen

En este artículo, la autora relata su experiencia a raíz de una visita que realizó en abril de 1999 al nieto de Sigmund Freud, Ernest, quien, a la edad de 85 años, aún vivía en la ciudad de Heidelberg, Alemania.

Ernest es el nieto de Freud que creó, siendo un bebé de 18 meses, el famoso juego del carretel o "fort-da", al cual se hace referencia en el célebre libro *Más allá del principio de placer*.

Este trabajo relata algunos acontecimientos vitales de la vida de Ernest e intenta poner en evidencia la estrecha relación que existe entre los eventos que le acontecieron ya a partir de su más temprana infancia, y los intereses científicos que desarrolló más tarde.

Así, vemos cómo su primordial juego del carretel, observado e interpretado por su abuelo Sigmund como una manera simbólica de recrear separaciones y reencuentros, parece haber representado un paradigma en su vida.

Palabras clave: Biografía / Duelo / Fort-Da / Historia del Psicoanálisis

THE CHILD OF THE WOODEN REEL. A VISIT WITH W. ERNEST FREUD

Summary

In this article, the author tells the story of her visit with W. Ernest Freud in March of 1999 at his home in Heidelberg, Germany. W. Ernest Freud, the oldest grandson of Sigmund Freud, was born in 1914 and died last September 30th at the age of 94.

In *Beyond the Pleasure Principle*, Sigmund Freud described the game (Fort-Da) of an eighteen month old baby whom he had observed at play. W. Ernest Freud was the object of that observation and the inventor of the Fort Da game.

The author recalls some of the events in the life of W. Ernest Freud and ties them, thematically, to his childhood game of Fort-Da as well as to his later scientific interests.

This linkage illustrates how the childhood game, originally observed and interpreted by Sigmund Freud as a way of symbolically recreating separations and reunions, seems to have paralleled some of W. Ernest Freud's subsequent life experiences.

Key words: Biography / Mourning / Fort-Da / History of Psychoanalysis

¹ Trabajo presentado al Comité Editor el 1 de noviembre de 2002, y aprobado para su publicación en la Revista de Psicoanálisis el 22 de enero de 2003. La presente versión ha sido corregida y aumentada por la Dra. Prengler, para la revista *Psicoanálisis* (N. de la E.)

* Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Dirección: Calle Los Andres, Qta. Lali, Prados del Este, Caracas 1080, Venezuela. Correo electrónico: <lalipren@telcel.net.ve> <lalipren@cantv.net> <lalipren@gmail.com>

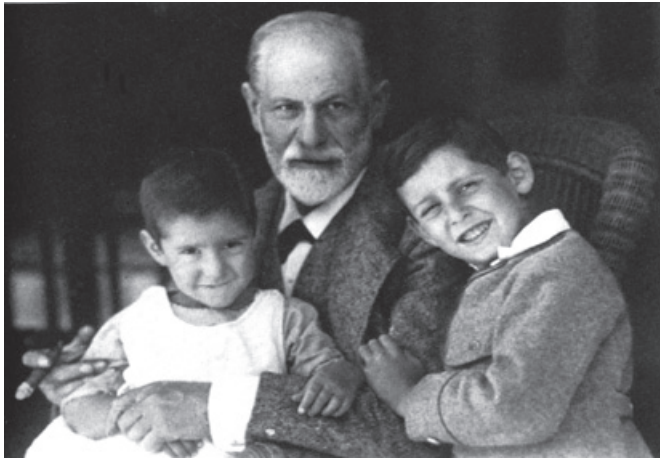
O MENINO DO CARRETEL. UMA VISITA A ERNEST FREUD

Resumo²

Neste artigo, a autora relata a sua experiência a partir de uma visita que realizou em Abril de 1999 ao neto de Sigmund Freud, Ernest, que aos 85 anos, ainda vivia na cidade de Heidelberg, Alemanha.

Ernest é o neto de Freud que deu origem, sendo um bebê de 18 meses, ao famoso "jogo do carrretel" o "fort-da", que aparece descrito no celebre livro "Mais Além do Princípio do Prazer". Este trabalho relata alguns acontecimentos vitais da vida de Ernest e tenta evidenciar a estreita relação que existe entre os eventos que lhe aconteceram a partir de sua mais tenra infância, e os interesses científicos que desenvolveu mais tarde. Assim vemos como o seu primitivo jogo do carrretel, observado e interpretado por seu avô Sigmund como uma maneira simbólica de recrear separações e reencontros parece ter representado um paradigma em sua vida.

Palavras chave: Biografia / Luto / *Fort-Da* / História da Psicanálise.



S. Freud, en compañía de sus nietos, Heinz (izquierda) y Ernest.

En marzo de 1999 realicé una visita al neto de Sigmund Freud en compañía de mi esposo y colega Daniel Benveniste, un psicólogo de orientación psicoanalítica formado en la ciudad norteamericana de San Francisco y con residencia en Venezuela.

Ernest Freud acababa de dejar su hogar en Inglaterra para establecerse en Heidelberg,

una pequeña ciudad al suroeste de Alemania. Finalizaba el invierno, se asomaba la primavera y el cielo gris, acompañado de una perpetua llovizna, no lograba privar de su encanto a esa pintoresca ciudad a orillas del río Neckar. Una vez resguardados de la lluvia y al primer repique del teléfono, Ernest nos respondió; el hombre que había creado el juego

² Traducción al portugués de Geny Talberg.

del carretel a los 18 meses de edad mientras era observado por su abuelo Sigmund. Habían pasado ochenta y tres años desde entonces y pensamos que sería interesante que él mismo, en carne y hueso, nos contara algo sobre aquella actividad lúdica que tanto interesó a su abuelo.

Ernest se mostró entusiasmado de saber que nos encontrábamos en su hermosa ciudad y con agrado nos invitó a visitarlo. Llegamos a su puerta y leímos emocionados: "Dr. Freud". Mi imaginación se remontó cien años atrás, evocando la imagen del propio Sigmund en su época floreciente. Nos encontrábamos frente a la puerta de su nieto, la persona que habría recibido la mirada, el afecto, las enseñanzas de quien cambió la concepción de la mente humana con su sabiduría e intuición.

La escena que imaginaba, en la que el bebé Ernest jugaba con el famoso carretel mientras era observado por su abuelo, fue interrumpida cuando se abrió lentamente la puerta, detrás de la cual se asomaba un señor menudo, de pequeña estatura, con una mirada amplia. Su apariencia física evocaba fácilmente la imagen de su abuelo.

Ernest Wolfgang Halberstadt Freud había nacido un 11 de marzo de 1914. Hijo de Sophie, quinta hija de Freud, y de Max Halberstadt, un fotógrafo de Hamburgo, Alemania. Siendo el primer nieto, su nacimiento ocasionó la siguiente nota a Ferenczi: "Anoche alrededor de las 3:00 a.m. nació un pequeño que es mi primer nieto. ¡Admirable, un sentimiento tardío ante las maravillas de la sexualidad!" (Gay, 1988).

En el momento de nuestra visita, Ernest Freud acababa de cumplir 84 años. Con un cálido saludo, nos invitó a pasar, ya que había preparado un ambiente para conversar cómodamente. Estantes de libros reposaban junto a algunas interesantes fotos, como en un paisaje de Grundslee, el hermoso lugar

donde compartía de niño sus vacaciones veraniegas con la familia Freud y sobre el que tantas veces habíamos leído en los textos; fotos de sus padres Sophie y Max, de su tía Anna, y de su propio hijo, cuando era niño. En los estantes, al frente, fósiles de varios tipos, una punta de flecha de manufactura indígena que le había sido obsequiada por Karl Menninger, entre otras cosas. Recordó emocionado, cómo de niño, en compañía de su abuelo, solía recorrer variados terrenos en busca de fósiles. Éste era un movilizador recuerdo de su relación con Freud.

Ernest recordó momentos de su pasado y se entregó a añoranzas y vivencias que tuvimos el placer de compartir acerca de aquel juego en presencia de la atenta observación que le prestó su abuelo, y que lo convirtió en el primer infante observado psicoanalíticamente.

En su célebre libro *Mas allá del principio de placer* (1920), Sigmund Freud cuenta que durante unas semanas de convivencia con su hija Sophie, su yerno y su nieto Ernest, pudo dedicarse a observar con atención el juego del pequeño. Su hija lo había amamantado y cuidado personalmente y mantenía con su bebé una relación tierna. El niño tenía un carácter "juicioso" y no lloraba cuando la madre lo abandonaba por algunas horas, más bien parecía que se resignaba fácilmente. S. Freud (1920: 14) dice:

Este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón, o debajo de una cama [...] todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de satisfacción e interés, un fuerte y prolongado "o-o-o-o", que, según el juicio coincidente de la madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba "fort" {se fue} [...] El niño

no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que "se iban". Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un hilo [...] con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el hilo tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo "o-o-o", y después, tirando del hilo, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso "da" {acá está}. Ése era el juego completo, el de desaparecer y volver. La mayoría de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo (pág. 15).

La interpretación del juego resultó entonces obvia para S. Freud, quien sostuvo que Ernest admitía sin protestar la partida de la madre y entonces escenificaba con sus objetos (que sí estaban a su alcance) las idas y los regresos de ella. No escenificaba la partida ("fort") porque le diera placer, sino que parecía necesitar la representación de la partida porque era "la condición previa de la gozosa reaparición ("da)". Sin embargo, confundía a Freud el hecho de que la primera parte del juego era jugado la mayoría de las veces sin que le siguiera la segunda. ¿Dónde estaría entonces el placer de ese juego? Freud intuyó entonces un motivo que explicara el repetido juego y sostuvo que "en la vivencia con su madre el niño era pasivo, era afectado por ella; ahora (en el juego) se ponía en un papel activo repitiéndolo como juego, a pesar de que fuera displacentero". (pág. 16) A esta idea de cambio de pasividad a actividad se sumó otra interpretación referida a la presencia de "un impulso de vengarse de la madre por su partida, como si dijera: 'Vete pues, no te ne-

cesito, yo mismo te echo'" (pág. 16) convirtiéndose así en el único responsable de la ida de su madre.

Nuestro anfitrión se mostró deseoso de compartir sus ideas acerca del *fort-da* y nos ofreció una muy interesante descripción del carretel que él mismo realizó a través de un dibujo improvisado. Al preguntársele sobre las interpretaciones formuladas por su abuelo en relación con su juego, afirmó haber coincidido con él plenamente. Puso énfasis en la manera en que este juego le otorgaba un sentimiento de control y dominio sobre la pérdida temporal de su madre. Confesó que esas ausencias fueron particularmente difíciles debido a que al mismo tiempo su padre también se encontraba ausente del hogar, sirviendo al ejército durante la Primera Guerra Mundial, lo cual intensificó aún más las relaciones con su madre.

Inicialmente, Ernest vivió su infancia con su padre y su madre en Hamburgo, Alemania. El 18 de diciembre de 1918, a sus 4 años y medio, nació su hermanito Heinz (Heinerle) (Gay, 1988: 310). Este evento pareció provocar intensos celos en el pequeño Ernest (Freud, 1920). Un año más tarde, en la Alemania de la posguerra, una peligrosa forma de influenza comenzó a propagarse rápidamente por Europa. Sophie Freud, su madre, estaba en aquel momento embarazada de su tercer hijo cuando contrajo la enfermedad. Lamentablemente desarrolló neumonía y falleció el 20 de enero de 1920 a la edad de 27 años, cuando Ernest contaba con apenas 5 años y 10 meses. Así, pierde en una sola jugada a su madre y a su pequeño futuro hermano. Freud (Ibidem) reporta en ese momento: "Ahora que su madre realmente se 'ha ido' (o-o-o) el pequeño no parece estar de duelo". (Freud 1920: 16)

Ernest confiesa que nunca, ni siquiera en su adultez, indagó acerca del tiempo de gravidez de su madre al morir. Quizá su juego del carretel era una manera de permitirse no

tener que saber, sólo tirar del carretel hacia sí y recuperar el objeto perdido. Pero esta vez su madre se había ido para siempre y su padre continuaba sin estar suficientemente presente en su vida.

Luego de la muerte de Sophie, Anna Freud, su hermana menor, de 25 años en ese momento, se involucró en el cuidado de sus dos sobrinos, Ernest y Heinerle, y comenzó a pasar sus vacaciones con ellos. De alguna manera, estos dos niños se fueron convirtiendo en sus primeros "pacientes" de análisis infantil. Se dice que Anna los ayudó a enfrentar sus miedos a la oscuridad incitándolos a que contaran las historias que imaginaban (Gay, 1988), con lo cual los niños estaban cuidados a la vez que Anna "practicaba". Impresionado especialmente por la extraordinaria capacidad que ella poseía para integrar las ideas principales de todo cuanto escuchaba, Ernest conserva de Anna cálidas e íntimas memorias y la imagen de una mujer aguda y de una claridad inigualable.

Heinerle fue adoptado informalmente por sus tíos Matilde y Robert Hollitscher, y Anna se hizo mayor cargo de Ernest, asumiendo, dentro de lo posible, el papel de su madre. Desgraciadamente, el 19 de junio de 1923, de nuevo la muerte acechó al pequeño; esta vez fue su hermano Heinerle, quien sucumbió a la tuberculosis. Nuevamente Anna Freud volvió a Hamburgo para ayudar a Max Halberstadt y a su hijo a sobrellevar este terrible y nuevo duelo (Young-Bruehl, 1988).

Como vemos, tuvo una infancia difícil; perdió a su madre junto con su hermanito aún no nacido, y luego a su hermano Heinerle. Su vida escolar tampoco fue muy feliz, pues ocurrieron múltiples interrupciones en su educación, a causa de enfermedades, ausencias, mudanzas y cambios frecuentes de escuela, todo lo cual se veía agravado por su condición de soñador diurno con algunas dificultades de aprendizaje y poco aplicado en

su escolaridad. Recuerda sus años escolares en la escuela Heitzing, la cual era dirigida por su tía Anna, y que incluía como parte de sus maestros a Peter Blos, Erik Erikson y su esposa Joan.

Su padre era un hombre amable y bondadoso, decente, honesto y laborioso, pero sus relaciones con él no eran cercanas, y cuando contrajo segundas nupcias, Ernest trató de pasar el mayor tiempo posible en Viena con su familia materna. Refiere que su abuelo Sigmund siempre fue muy afectuoso con él, aunque no pudo dedicarle mucho tiempo debido a que estaba entregado en cuerpo y alma a sus labores de lectura y escritura, las que apenas le dejaban algún espacio libre.

Pasado un tiempo, su padre, madrastra y media hermana emigraron a Sudáfrica. Él se quedó en Viena, hasta que en 1938, al sucumbir Austria ante la invasión nazi, se vio forzado a emigrar a Inglaterra con el resto de la familia Freud (Freud y Martin, 1984). Al morir su padre, adoptó su apellido materno y se convirtió en Ernest Freud haciendo honor a este abuelo. Influido por éste y su tía Anna, decidió continuar estudios universitarios de psicología en la Universidad de Londres, y comenzó a considerar la posibilidad de formarse como analista durante su análisis con Willi Hoffer. Mientras tanto contrajo matrimonio con Irene, con quien tuvo un hijo varón –su único hijo– al que llamó "Collin", y cuyo nacimiento coincidió con la celebración del centenario de su abuelo Sigmund en 1956 (Benveniste, 1999).

Realizó su entrenamiento formal como psicoanalista de adultos en el Instituto Psicoanalítico de Londres, y desarrolló su formación durante la época de la guerra entre Melanie Klein y Anna Freud, por lo que tuvo contacto con los discípulos de ambas personalidades. Describió a los estudiantes de aquella como agresivos, pero a la misma Melanie como "una buena abuela judía". Posteriormente sentó su práctica privada y se entrenó en análisis

de niños en la Clínica de Terapia Infantil de Hampstead (Hampstead Child Therapy Clinic) junto a su tía. A pesar de que ésta era como una madre para él, no le resultaba fácil relacionarse afectivamente con ella; sin embargo, trabajaron muy de cerca en la Clínica Hampstead y se distinguió notablemente en la investigación de observación de infantes y como autor de un número considerable de artículos en esta materia, así como en los cuidados intensivos (Freud y Martin, 1984). Alcanzó el estatus de analista Didacta y se dedicó durante varios años a la enseñanza de observación de madres y niños. Una de sus publicaciones iniciales más importantes fue un trabajo realizado junto a Anna Freud y Humberto Nagera, *Metapsychological Assessment of the Adult Personality: The Adult Profile* (1965), en el que los autores desarrollaron un instrumento para conectar conceptos metapsicológicos con datos observables de las situaciones clínicas, tomados como un punto de vista para el pensamiento analítico.

Durante los siguientes doce años, Ernest publicó varios artículos sobre la observación de infantes y la evaluación de la infancia temprana y a partir de 1980, sus publicaciones versan mayormente sobre los aspectos psicológicos asociados a la terapia intensiva en neonatos. Se interesó por la reacción de los infantes a los traumas intrauterinos y la importancia de la relación entre madre e hijo, así como por los aspectos de comunicación en esta relación diádica en las situaciones pre y postnatal. Mostró tanto interés en los problemas del nacimiento que lamentó que su abuelo no se hubiese dedicado más al estudio de este tópico, por lo que reconoció estar sumamente complacido con el trabajo de Otto Rank y otros seguidores de su abuelo, que enfatizaron la importancia del trauma del nacimiento y sus vicisitudes en la infancia como un evento psicológico y lo concerniente al bienestar de la relación entre la madre y el niño.

Resulta muy llamativo su profundo interés hacia los bebés nacidos y no nacidos, así como a la relación de bienestar entre el dúo madre-hijo y la comunicación entre ellos. Esto nos induce a evocar la vivencia traumática de la muerte de la madre en su infancia —una madre que, a pesar de sus esfuerzos, no logró garantizar su presencia—, así como la sorpresa desconcertante por el hermanito que no llegó. En este sentido, podemos decir que su posterior interés científico quedó signado por sus múltiples vivencias traumáticas en relación con las separaciones y los reencuentros; en fin, por los repetidos *fort-da*.

Nos encontrábamos frente a Ernest escuchando su relato. Una historia de vida inundada de pérdidas irreparables que pareció anunciar con su precoz juego. Pareciera que se involucró de lleno en el estudio sobre los cuidados intensivos perinatales como un derivado de los traumas que, cuando tenía cinco años y medio, él mismo sufrió al perder a su madre y a su hermanito aún no nacido y luego, a los 9, a su hermano Heinerle.

Freud afirma que los niños repiten en el juego todo cuanto les ha hecho gran impresión en la vida. El niño juega para escenificar lo que le ha pasado. Ernest jugaba a las separaciones y a los reencuentros. Resulta sumamente llamativo pensar cómo éste, uno de sus primeros juegos, no solamente representó para él una experiencia vívida de separación, sino que parecía estar "practicando" precozmente las tragedias de separaciones consecutivas por las que tuvo que pasar a lo largo de toda su vida, anticipando su necesidad de controlar las cuantiosas pérdidas que le tocaría vivir en un futuro cercano. Aún me pregunto: ¿es posible que tanto jugar a lo que desaparece (más que a lo que aparece) le hubiera otorgado cierta capacidad de tolerar el dolor ante la pérdida y la separación irreparables?

Las pérdidas y separaciones sufridas por Ernest no terminaron en su infancia. Resultaba

tentador pensar que, al crear una nueva familia, lograría dar tregua a ese destino. Quizá vendría la época de los merecidos "da". Sin embargo, relató con profundo dolor la muerte súbita de Collin, quien fue arrollado por un camión, a los 30 años, mientras manejaba la bicicleta de manufactura casera que él mismo había construido. Su última pérdida significativa ocurrió recientemente cuando se mudó con todas sus pertenencias desde Inglaterra a Heidelberg. Él llegó sano y salvo, pero gran parte de sus objetos se perdieron en un accidente que provocó un incendio en el tren en que viajaban; libros, recuerdos familiares, objetos que daban testimonio de ochenta y cuatro años de historia de vida. Nos mostró algunos de sus libros más queridos con sus páginas consumidas por el fuego. Aunque quemados, recuperó parte de ellos, re-apropiándose así de partes de sí mismo. Nuevamente algo desaparece y aparece, aunque al re-aparecer se ha transformado en un objeto distinto.

Pareciera que él nunca se quejó demasiado de las pérdidas, tal como hacía cuando lo dejaba su madre, pero insistió en escenificarlas, para sobrellevarlas con sublimada

dignidad, inicialmente con su juego y, posteriormente, en la adultez, a través de sus estudios e investigaciones, cuando exploraba experiencias traumáticas que se entrelazaban con su propia historia.

Los juguetes ("o-o-o-o...", *fort*) se iban, su madre, sus hermanos, su padre, sus objetos... pero no reaparecieron como habría de esperarse. Sin embargo, Ernest parece no abandonar su carretel. Se dedica al estudio del psicoanálisis, al nacimiento, sus milagros y sus tragedias, a través de la investigación de la perinatalidad y de la relación madre-hijo. Él fue el primer infante observado psicoanalíticamente y se convirtió, a su vez, en asiduo observador de infantes tratando de ligar la teoría con la práctica psicoanalítica... de ligar separaciones con reencuentros.

Nada fácil es la tarea que le ha tocado vivir –que de alguna manera, sin duda, todos compartimos–, tarea que viene practicando desde su tierna infancia, desde siempre. Trata de controlar y adaptarse a las separaciones sin desfallecer, teniendo la ilusión de atraer nuevamente hacia sí el carretel, seguir adelante... y esperar el próximo reencuentro.



La autora del artículo, Adriana Prengler, en compañía de Ernest Freud, agosto 2001.

EPILOGO (2008)

En julio de 2001 visité a Ernest nuevamente en su ciudad; esta vez en un clima de mayor familiaridad y amistad, debido a nuestra relación previa y a nuestro contacto frecuente por carta y telefónico. Él no había podido asistir al congreso de la IPA en Niza, recientemente acontecido, así que le ofrecí una presentación "personal" del trabajo que yo acababa de presentar allí. Éste describía, en tres sesiones, el trabajo con un niño de 10 años, que había sido víctima de las inundaciones de Venezuela, y a quien yo había apodado "Ernesto", porque me recordaba a Ernest, debido a que había perdido su casa y todas sus pertenencias en esta catástrofe natural. El relato de mi presentación lo conmovió tanto, que llegó a identificarse con mi paciente y sus pérdidas. Al terminar mi relato, me comentó que en la última sesión descrita, el niño había transformado en activo lo que había tenido que sufrir pasivamente. Así, se estaba refiriendo a lo que él mismo había hecho con el juego del carretel, esto es, transformar en activo lo que había estado obligado a sufrir pasivamente: la ida de la madre.

Más tarde, fuimos a almorzar a un pintoresco restaurante de Heidelberg y luego nos detuvimos en una tienda cercana a su casa, donde compró un regalo para mí, que conservo con gran cariño y nostalgia. Es un cepillo para desempolvar objetos antiguos tallados, el cual me había llamado la atención, con mango de madera y cerdas muy suaves, y que me obsequió con una dedicatoria de su puño y letra sobre la madera.

Ernest fue, de los nietos de Freud, el único que llegó a ser psicoanalista. Entró al Instituto de Psicoanálisis de Londres para su formación analítica en psicoanálisis de adultos (1949-53) y niños (1954-58). Siendo analizado por Willi Hoffer, asistió a seminarios dictados por su tía Anna, Melanie Klein, Donald Winnicott

y otros; en 1953 comenzó su práctica privada. Trabajó como analista de adultos en su práctica privada y en la Clínica Hampstead con su Tía, realizando investigación en observación de bebés y perfiles metapsicológicos de la personalidad. Fue analista Didacta en la Clínica Hampstead y en el Instituto de Psicoanálisis de Londres de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Enseñó observación de madres-infantes durante varios años en ambas instituciones y fue coordinador del Grupo de Investigación de Bebés en la Clínica Hampstead. En 1967 definió su área de especialización y durante los siguientes 30 años realizó investigación, dio conferencias internacionalmente y escribió numerosos artículos sobre observación de bebés, vínculo madre-bebé y los aspectos psicológicos de los cuidados intensivos neonatales. A mediados de los años 1980 descubrió, en su auto-análisis, que su investigación estaba motivada en parte por su anhelo de rescatar a su hermano que murió en el vientre con su madre en 1920.

Ernest Freud murió recientemente, el 30 de septiembre de 2008 a la edad de 94 años. Fue el sujeto de las observaciones de niños que realizara su abuelo Sigmund, el primer paciente analítico de su tía Ana, estudiante de Peter Blos y Erik Erikson, y psicoanalista, investigador y escritor de Psicoanálisis, de un modo u otro, a lo largo de toda su vida. Con la muerte de W. Ernest Freud, parece haberse roto el último "hilo" que nos conectaba directamente con los tiempos de Sigmund Freud.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENVENISTE, D. (1999), *Fort da, the reel mother and romantic desire* (Manuscrito no publicado).
 FREUD, S (1920), *Más allá del principio de placer*, A. E., XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
 GAY, P. (1988), *Freud: A life for our time*, Nueva York, W. W. Norton, [Traducción cast.: Freud.

Una vida de nuestro tiempo, Paidós, Buenos Aires, 1989.

YOUNG-BRUEHL, E. (1988), *Anna Freud: A Biography*, Summit Books Nueva York.

FREUD, W. E. Y MARTIN, J., *Ernest Freud y Jay Martin: A conversation*, Psychonality Education, Vol. 4, 1984.

MOLNAR, M. (1992), *The Diary of Sigmund Freud: 1929-1939: A Record of the Final Decade*, Freud Museum Publications Limited, Londres.

SELECCIÓN DE PUBLICACIONES DE ERNEST FREUD

- FREUD, W. E.; FREUD A. Y NAGERA, H. (1965), "Metapsychological assessment of the adult personality. The adult profile", *in Psychoanalytic Study of the Child*, 20, págs. 9-41.
- (1967), "Assessment of early infancy: Problems and considerations" (también conocido como "The baby profile - Part I"), *in Psychoanalytic Study of the Child*, 22, págs. 216-238.
 - (1968), "Some general reflections on the metapsychological profile", *in International Journal of Psychoanalysis*, 49, partes 2 y 3, págs. 498-501.
 - (1971), "The baby profile - Part II", *in Psychoanalytic Study of the Child*, 26, págs. 172-194.
 - (1975), "Infant observation: Its relevance to psychoanalytic training", *in Psychoanalytic Study of the Child*, 30, págs. 75-94.
 - (1980-1989), "Notes on some psychological aspects of neonatal intensive care", *in* STANLEY GREENSPAN Y GEORGE H. POLLOCK (eds.), *The Course of Life: Psychoanalytic Contributions Toward Understanding Human Development, vol. 1 - Infancy and Early Childhood*, Conn. International Universities Press, Madison.
 - (1981), "To be in touch", *in Journal of Child Psychotherapy*, vol. 7, nº 2, págs. 141-143.
 - (1983), "Funeral tribute to Anna Freud", *in Bulletin of the Hampstead Clinic*, vol. 6, parte 1, págs. 5-8.
 - (1985a), "Prenatal attachment and bonding", *in The Birth of a New Science: Selected Papers From the First International Congress on Pre and Perinatal Psychology - 1983*, Toronto. También en Stanley Greenspan y George H. Pollock (eds.): *The Course of Life: Psychoanalytic Contributions Toward Understanding Human Development, vol. 1 Infancy and Early Childhood*, Conn. International Universities Press. Madison.
 - (1985b), "The relevance of prenatal psychological aspects for neonatal intensive care", European Symposium on Psychosomatic Obstetrics and Gynaecology, 6-8 de junio de 1985, Leuven, Bélgica.
 - (1985c), "The perinatal continuum: Implications for neonatal intensive care", Second International Congress on Pre and Perinatal Psychology, 26-28 de julio de 1985.
 - (1988), "Prenatal attachment, the perinatal continuum and the psychological side of neonatal intensive care", *in* P. G. Fedore-Freyberg y M. L. V. Vogel (eds.), *Prenatal and Perinatal Psychology and Medicine: Encounter with the Unborn*, Parthenon Press, Lancaster, págs. 217-234.
 - (1995), "Attempts at understanding the most promising paradigm of neonatal intensive care: Some essential though less tangible aspects of the Marcovich model", *in Psychosomatic Obstetrics and Gynaecology*, 11th International Congress of Psychosomatic Obstetrics and Gynaecology, Monduzzi Editore, Bologna.
- FREUD, W. E. Y FREUD, I. (1976), "The Well-Baby clinic", *in Child Psychiatry and Human Development*, vol. 7, nº 2, invierno de 1976, págs. 67-84.
- FREUD, W. E. Y MARTIN, J. (1985), "W. Ernest Freud and Jay Martin: A conversation", *in Psychoanalytic Education*, vol. 4, 1985.